

CARTA CVIII.

A un magnate, acompañándole el memorial anterior. (a)

Sois tan bueno como cristiano: y si vuecelencia no lo toma á mal, le suplico que, sin dejar de hacerme bien con el Rey, entregue el memorial que va con esta carta al Conde-Duque, rogándole por mí con encarecida recomendacion. Si achaca de desconfianza, no se olvide de expresarle que un pobre viejo tan llagado y cadavérico como yo, no puede más que buscar su salud eterna en la oracion, en la que pido á vuecelencia me tenga presente siempre. De mi encierro de San Márcos de Leon, y con licencia del virtuoso prior. — *Quevedo.*

« estado de casamiento con la señora doña Juana de Velasco, hija mayor del señor condestable de Castilla, mi primo, á don Enrique Felipe de Guzman, prenda de yerros pasados; que deseo represente dignamente la memoria de mi gran padre, y disculpe mis errores y poco digna memoria. Y por cumplir con la obligacion que debo á la casa de vuecelencia, le doy cuenta desta resolución; y de que cuanto hubiere en la mia estará siempre muy á la disposición de vuecelencia, á quien guarde Dios. — *Don Gaspar de Guzman.* » El billete del Condestable: « Señor mio: Juana, mi hija mayor, se casa con don Enrique Felipe de Guzman. Vuecelencia se huelgue conmigo, como es razon. Guárdeme Dios á vuecelencia muchos años, etc. — *El Condestable.* »

Luego que se publicaron estos billetes, los embajadores y ministros públicos, los grandes, títulos y caballeros, pasaron á dar el parabien á don Enrique, tratándole de excelencia; se le puso una casa, en las del conde de Chinchon, tan rica y soberbia como no la tuvo ningun personaje de la mayor grandeza de España; los reinos y las provincias ultramarinas sujetas á la corona regaloron á don Enrique, y tambien los parientes y favorecidos del Conde-Duque; entre los cuales se reputó por el regalo mas excesivo el de Ramiro Nuñez Felipe de Guzman, duque de Medina de las Torres, que llegó á quinientos y cincuenta mil escudos.

El nuevo enlace verificóse á 28 de mayo, miércoles, en el oratorio de palacio.

En Zaragoza el Rey hizo merced á don Enrique del hábito de Calatrava, con la encomienda mayor de Alcañizas en esta orden, cincuenta mil escudos de otras encomiendas, y el empleo de gentilhomme de cámara, con promesa de presidencia de Indias, para hacerle despues 2.º del Príncipe.

Dió mucho que decir á los extranjeros este suceso; en Madrid causó notable admiracion, y aun el propio personaje nuevamente elevado estaba atónito de ver una metamorfosis tan rara, y que decia el vulgo: « era hijo de dos padres y de dos madres, que tenía dos nombres y dos mujeres: »

Tiene Enrique dos nombres, dos mujeres,
Dos padres y dos madres: todo á pares.
¡Oh, si á tener dos almas por ventura,
El diablo ambas á dos se las llevase!

Esta resolucion del Conde-Duque fué prelude para que no se extrañara tanto la que en abril de 1642 tomó el rey don Felipe IV, declarando por hijo suyo á don Juan de Austria.

Don Enrique Felipe de Guzman, que se intituló marqués de Mairena á mediados de abril de 1642, tuvo en su mujer, doña Juana Fernandez de Velasco, á don Gaspar de Guzman y Velasco (segundo duque de Sanlúcar la Mayor, que falleció muy niño); pero en la jornada que hizo el rey don Felipe IV al reino de Aragon, el año de 1644, le mandó su majestad retirar de su real cámara; y se volvió á Madrid, donde falleció sin dejar sucesion.

Stirling, en la *Vida del célebre pintor don Diego Velazquez de Silva*, cita como existente en la galeria de cuadros de lord Ellesmere (antes en el museo del conde de Altamira), uno de este autor, que pasa por retrato de Julian Valcárcel; pero es suposicion y supercheria de traficantes en pinturas.

(Pellicer, *Avisos*. — Autor incierto, *Caida del Conde-Duque de Olivares*. — Idem, *La Cueva de Meliso*. — Leon Pinelo, *Anales de Madrid*. — *Memorias para la historia de Felipe III, rey de España, recogidas por don Juan Yañez*; Madrid, 1723: páginas 160 y siguientes.)

(a) Original, es parte del precioso códice de Candamo citado en la nota á la epístola xcix.

Castellanos la publicó en 1851, tomo vi, pág. 326.

CARTA CIX. *

De don Juan Adan de la Parra. (b)

Amigo y señor: Vuesamerced extraña que no haya contestado tan prontamente como parecia regular á sus dos estimadissimas cartas; y no advirtió que nos enseña san Pablo que « cuando falta el viento á la barquilla es preciso bogar ».

Aquí no ha faltado el viento de la maledicencia y de la asechanza. Todos saben que soy el mayor amigo de vuesamerced; que pospondria mi bienestar por el suyo, y que cuando llega la ocasion declamo á favor de su inocencia. Y esto mismo aviva los deseos de sus enemigos para inquirir y penetrar mis pasos; y si les fuera posible, quisieran tambien saber mis pensamientos, no para celebrarlos, sino para destruirlos, igualmente que á vuesamerced y á mí lo solicitan.

Pero, como al paso que Dios nos envia las amarguras, nos dispensa los consuelos; pues como dice Séneca: « El bien y el mal se alcanzan sucesivamente, y los dioses que nos dan las mortificaciones son los mismos que nos presentan las dichas, » — así tambien, en medio de mis temores, tengo mis alegrías. Sentia no contestar á vuesamerced, y celebrara que á los linceos que observaban mis acciones no faltasen rayos de luces que los cegase y convirtiese en topos, para darme lugar á solicitar su libertad; que aunque la pena de no escribirle era mucha, me la hacia olvidar la satisfacion de estar empleado en conseguir sus alivios, que es lo que más que nada apetezco.

Por esto, abandonando la pluma hasta mejor ocasion, me aproveché de los piés para conseguirla y de las palabras para acreditarla, teniendo presente lo que Catulo aconseja; y es, que no hay mal que no tenga remedio, menos la culpa que se hace á los dioses, porque aunque ellos, como infinitamente buenos, la perdonen, siempre nos ha de acusar nuestra conciencia de haber ofendido tan divinas deidades.

Estas ofensas, nacidas del odio que á su prójimo profesan los que á vuesamerced persiguen, las cometen nuestros enemigos, y vuesamerced y yo padecemos sus consecuencias tristes: vuesamerced sintiendo, y yo llorando su situacion; vuesamerced entre prisiones sujeto, y yo libre en medio de sus enemigos; vuesamerced padeciendo los excesos de verse sin libertad, y yo solicitando tenerle entre mis brazos; vuesamerced, en fin, echando menos mis cartas, y yo no hallando en parte alguna aquel descanso que encontraba á su vista.

Y ¿qué remedio hay para esto? Que el que está preso suspire, y el que está libre trabaje; que el que tiene los grillos lamente, y el que está sin cadenas facilite. Pues vamos á ver si pueden igualar á los sentimientos de vuesamerced las diligencias mías.

Si hubiera perdido la libertad de vuesamerced en haberle escrito, aunque hubiera perdido la mia, se la hubiera dado; pero no siendo esto posible, me exponia, escribiéndole antes de ahora, á que vuesamerced padeciese más, y yo hubiera adelantado menos.

(b) De este papel inédito no he visto sino una copia del siglo anterior, que posee, y me ha franqueado bizarramente, el ilustre autor de *Don Alvaro*, el excelentísimo señor duque de Rivas, mi amigo.

Hubiera perdido mi libertad; y como en esta consiste la de vuesamerced, quedaria para siempre destituido de la esperanza de tenerla.

Es gran cosa medir los accidentes de la fortuna con las circunstancias del tiempo: díctalo así la experiencia, y lo enseña Quintiliano. Yo esperaba á que el tiempo me diese ocasion para emplear la fuerza de mis razones en favor de su libertad. Hallaba inconvenientes, y observaba silencio. Veia á nuestro enemigo elevado, árbitro del mal ó del bien de ambos, con un poder interminable y una aversion increíble. Miraba al mismo tiempo cortas nuestras facultades, sin ellas nuestros amigos; y cerrados los oídos reales, que pudiesen y debieran oír y atender nuestras quejas: todo cerrado á los gritos de los abatidos, y abierto á las iras de los poderosos. Con testigos de vista que observaban mi conducta, mis movimientos y mis acciones. Y en fin, sin disposicion para vencer, con ánimos para pelear, y sin arrimo para concluir.

Todo este conjunto de oposiciones traian mi ánimo inquieto, mi vida con peligro, mis deseos vivos para emprender, pero sin esperanzas de lograr; el ánimo expuesto á los peligros, y el aliento arrimado á los riesgos.

Comprenda vuesamerced en una disposicion semejante qué sustos, qué cuidados, qué vigiliass angustiosas y qué penas desmedidas no traspasarían mi corazón. Y en medio de todo, tenia presente la doctrina de Séneca, que dice: « Más vale morir de animoso que vivir de cobarde. La pusilanimidad es hija de los pechos infames; y el atrevimiento, de los corazones generosos. »

Estas razones fueron la pauta y la regla que dirigieron mis acciones. Conocia que la empresa era árdua, el empeño terrible, y la accion peligrosa. Pero al fin, pudo más mi amistad que el temor; venció la voluntad que á vuesamerced profeso, al rigor que podia experimentar; y repitiendo en mi corazón las voces de san Pablo: « Atrévete á una obra buena, aunque los riesgos sean muchos, que todos los vencerás; » — sin reparar en peligros, ni acordarme de contingencias, el ánimo dispuesto á todo, y solo en Dios la confianza, salí de mi casa con intencion de perecer acompañando á vuesamerced, ó de librarle de su lamentable prision.

Busqué en el instante; ¿á quién discurre vuesamerced que buscaria? ¿Podrá adivinarlo, por más que llegue á discurrirlo? No es posible. Se admirará cuando lo lea; hará extremos espantosos, y dirá, en fin: « Se perdió el tiro por falta de destreza en el cazador. »

Despacio, amigo mio. A veces debemos usar del veneno como de precioso lenitivo; á veces la víbora suele ser remedio de su misma picada; y en ocasiones es forzoso entregarse al peligro por huir de otro mayor.

Esto mismo hice yo. Busqué el veneno para que me sirviese de narcótico; que esto se consigue, segun el uso que se hace dél. Solicité hallar en la víbora eficaz antidoto contra su venenosa mordedura. Y últimamente, quise ver si el mismo peligro me producía el consuelo que me era imposible hallar en otro que en él.

En efecto, fui á ver al mismo que causa la afliccion de vuesamerced, y por lo mismo mi repetido tormento. Su antecámara estaba, como siempre, llena de pretendientes; esperé entre ellos. Salió, y todos le rodea-

ron; cada uno procuraba exceder á todos en echarle incienso, y él parece recibía aquellos humos con visos de deidad.

Llegó en efecto donde yo estaba, y me dijo que qué queria. Respondíle con voz entera y semblante austero: « Que vuecelencia haga lo justo quiero solamente. »

A esta expresion se inmutó su rostro. No fué mucho: el delito, siempre que se le recuerda al reo, le sobresalta; y la conciencia más obstinada, siempre acusa. Díjome: « Pues ¿ en qué falto yo á lo justo? » Y respondí con la misma fortaleza: « En tener preso á Quevedo. Este grande hombre vive muriendo, y sus enemigos solemnizan esta pena. A vuecelencia engañan, y le aumenta sus prisiones. La lisonja se le pinta á vuecelencia de un semblante muy ajeno del que le dió la naturaleza; de un corazón pérfido, habiéndosele dado Dios generoso. Yo soy su amigo: ni engaño á vuecelencia, ni celebro sin razon á Quevedo. Todo lo merece, menos el que le traten mal. Haga vuecelencia por oír la voz de la verdad (que es la que ahora se le presenta), y no las palabras de la maldad, que son las que le han preocupado, y contra Quevedo sin causa alguna enfurecido. En una palabra, Señor excelentísimo, Adan de la Parra, que soy yo, no sabe adular: este es un camino ignorado para él; pero tiene bien trillado el de la pureza y la verdad, que son las que ahora oye vuecelencia. Y si á Quevedo no saca de su prision, vuecelencia padecerá eternamente. »

Esto dije, y callé. Guardó algun espacio de tiempo silencio el buen señor, y despues, rompiéndole como quien sale de un pesado raptó, me dijo: « Hoy daré orden para que vuestro amigo sea puesto en libertad, y que venga á la corte. Escribidsele así, y que seamos amigos. »

Fuése con esto, y yo con toda la alegría que vuesamerced puede discurrir, y que yo no acierto á explicar, pasé á mi casa, escribí esta, y corro á concluir la para ponerla en el correo, deseando halle á vuesamerced bueno para que se ponga mejor con esta noticia, y que le vea prontamente entre sus brazos su amigo, que ruega á Dios por la salud de vuesamerced. — *Adan de la Parra.*

CARTA CX.

Carta moral é instructiva, escrita por don Francisco de Quevedo Villegas desde San Márcos de Leon á su amigo Adan de la Parra, en que le explica que la causa de su prision no es la que le atribuyen, sino otra peor. (a)

Amigo y dueño: No siempre han de faltar los amigos en las desdichas, en las aflicciones y en las mise-

(a) Incomparables llamó esta y las tres cartas que siguen el padre Sarmiento. Pudiera estimarse inédita sin duda: tan mutilada y alterada la hubo de publicar Valladares en el tomo I, pág. 46 del *Samanario erudito*, acotando todo lo amargamente duro que estampó Quevedo contra el conde-duque de Olivares, despedido de haberle hecho concebir esperanzas de libertad para arrancarle secretos y extremar lo insoportable de su prision.

En la biblioteca particular de su majestad la Reina, y en la de los señores duques de Rivas y de Medinaceli, se conservan copias muy apreciables, del siglo pasado. Pero lo son más todavía la que existe en la Biblioteca Nacional, códice T. 133, fol. 248, y una que guarda mi compañero y amigo don Francisco Caveda, oficial en el ministerio de Fomento, las cuales sigo en mi edición. Como tuviese noticia de este papel y de los dos siguientes el

rias. Alguna vez se habian de mostrar finos con los que respiran entre prisiones y alientan entre cadenas; y alguna vez, en fin, se habian de hallar tan nobles en las adversidades como lo fueron en las dichas; cuya fineza, aunque poseida, poco tiempo experimentada en los suyos, acaso causó á Job su más grande sentimiento. Nunca creí menos que lo que experimento en la amistad de vuesa merced. ¡Dichoso yo, una y mil veces, que sin el trabajo ridículo de Diógenes, encontré con un hombre que sabe ser amigo en la infelicidad, favoreciéndome en medio de mis trabajos con sus memorias, y sintiendo como propios mis quebrantos! Y ¡dichoso el siglo que produce lealtad de amigo tan grande, pues según lo difícil que es el hallarla, todo un siglo parece necesario para producirla!

Acúsame vuesa merced de omiso en contestar á las tuyas, y de muy parco cuando lo ejecuto; y por esta vez he de soltar los vuelos á la pluma, tanto para complacerle, como para argüirle que no hago tan mal como vuesa merced discurre en el silencio de mi disculpa, tolerando el castigo, como si lo hubiese cometido. También manifestaré á vuesa merced estoy inocente en lo que me atribuyen; pero que son de peor naturaleza las causas que aquí me han puesto. Con esto vuesa merced y todos conocerán que no me justifico, antes bien me delato, pues no negaría haber hecho el delito que me fulminan, cuando voluntariamente confieso otros que no saben, y que son mayores sin comparación: de lo que verdaderamente nace lo que padezco, no de lo que me acumulan.

Para todos mediré el freno de la pluma con los preceptos de la prudencia; que es necesario tener gran cuidado con la lengua, porque, como por la boca se va el espíritu, es señal de que tiene poco quien habla mucho. El corazón de los sábios está en su boca, y la lengua de los sábios en su corazón; aun por eso las águilas reales son mudas, y las pequeñas avecillas tan parleras. La propia precaución se necesita con los oídos, porque por ellos logra el demonio hacer increíbles daños con capa de virtud, pues batiéndolos con su blanda persuasión la lisonja, les aparenta realidad lo que dista mucho de lo verdadero.

Sobrados materiales produce el estado en que me miro para justificar esta verdad, sin mendigar ejemplos que la acrediten; mas, como estoy dispuesto á no quejarme, los remito á la comprensión de vuesa merced, para que como á enigmas los descifre. Sabe vuesa merced muy bien, por más que me advierta lo contrario, que muchas veces debe la razón no explicarse en quejas. Bien contemplo aquella de mi parte; pero procuro no manifestarla con estas, ó porque sé que entonces corrige Dios al pecador cuando lo castiga, ó porque no ignoro que si, atendiendo á mi razón, prorumpiera en sentimientos, me exponía á gran peligro de pecar, por cuatro cosas principales, que son: ó por exceder de la queja con la fuerza de la razón, ó por desdorar al prójimo con la queja, ó por inquietar-

duque de Alba, don Fernando de Silva, que murió en 1775, cobró deseos vivísimos de verlos; y pudo satisfacerlos, hallando, parece que los originales, don Felipe Varola, escribano del consejo de Ordenes. Sacáronse entonces varias copias, y por una del famoso conde del Águila hubo de publicarlos Valladares en el *Semanario erudito*.

me á mí mismo con el enojo, ó por faltar á la caridad con la ira. «No ha de ser solo de mí la caridad, dice Dios, sino también de tus hermanos. «Y el que no les puede hacer otro bien que sufrírles lo que hacen padecer, ¿para qué quiere hacer más?»

Es tan gran cosa tolerar una injuria, un testimonio, una ofensa, que se debe preferir á cuantas asperezas se pueden hacer, aunque sean mayores que las de los grandes santos. Las penitencias se pueden dejar sin pecado; pero la impaciencia y la ira jamás se perciben sin culpa. Y no es lícito hacer á Dios una ofensa, aunque sea venial, por todos los bienes del mundo, aunque sean buenas obras; porque siendo estos, coyundas fieras que oprimen con lo que brindan, —incitan á la codicia para que se aniquile la gracia. Y perdida esta, ¿á qué hemos de aspirar, si por unos percederos bienes conseguimos unos eternos males?

En no disculparme con eficacia de lo que me acumulan con malicia, piensa vuesa merced (según se explica en su última) doy motivo para que verdaderamente me tengan todos por culpado. Confieso no puedo llegar con el mío adonde vuesa merced alcanza con su talento; pero pienso, no obstante, de otro modo diferente, y me habrá de perdonar si digo le hago mejor (por ahora) que vuesa merced. No todos nuestros refranes, amigo mío, tienen adquirido el crédito de verdaderos: el que vuesa merced me apunta de que «el que calla concede», lo es menos que ninguno. Tal vez (así llevo á conceptuarlo) dirán muchos, con atención á él: «Quevedo calla á lo que se le imputa, luego lo concede.»

No puede encontrarse apoyo legítimo para sostener con nervio y perfecta consonancia la consecuencia que produce esta doctrina. A la que no le falta (me atrevo á decir) el mayor, y nada pondero, es á la que se sigue: «Quevedo calla á lo que le imputan, luego no es verdad.» Que más se disculpa el que calla, que el que con defenderse procura declarar su inocencia, nos lo enseña nuestra vida, Cristo, con su misma práctica. Todas las operaciones de la sagrada vida, pasión y muerte de nuestro Señor y Redentor amado, fueron para enseñanza de los hombres. Pues en esta divina escuela he aprendido aquel silogismo. ¿Qué disculpa dió aquella divina inocencia á los cargos que le formó Pilatos? Ninguna. Pues, amigo, el gran concepto que el mismo Pilatos hizo de lo que era Cristo, únicamente nació de que no se disculpaba. Vea vuesa merced ahora si puede contradecirse esta doctrina, ó si no irá muy bien fundado el que ansiosamente la sigue. Pero del pensar siniestro y antojadizo de los hombres, ni aun se libran los que quieren imitar á Cristo, siguiendo, no solo la santísima doctrina que predicó, sino algunas de las gloriosísimas operaciones suyas.

Es constante que en estando disculpado para con Dios, lo demás importa nada. Y debe advertirse que aquel á quien castigan por el delito que se le atribuye, en que está inocente, tendrá precisamente otros ocultos que merecen aquella pena; que los rodeos de la divina justicia, para castigo del hombre (ó tal vez para merecer más), no son para que los penetre nuestra tan limitadísima comprensión.

Sin embargo de lo dicho, y porque fiarlo todo á Dios puede ser en algún modo querer tentarle, he puesto

(de alguno sabe vuesa merced) los medios que me parecieron más conducentes para vindicar mi estimación, y acreditar la calumnia, y producir esta complacencia á mis amigos; pero todos han sido infructuosos y sin efecto; pues mal podía atenderlos la justicia, cuando se los quitaba á su vista la aversión. Ya se ve, aprovecha poco á un criado trabajar mucho, si no es á gusto de su amo, porque después de grande quebranto por el afán de complacerlo, estará en desgracia de su señor. Con enemigos poderosos es el mejor partido el silencio; una vez que se probó que las palabras desagradan, antes es agitar más el fuego de la enemistad con la porfía, que aplacarlo; porque al cruel jamás lo lisonjeó el ruego, antes lo exaspera más el gemido. Además, que es locura porfiar en querer andar por el camino que nos cierra Dios. De lo que salta á los ojos la contemplación tan provechosa que podemos hacer, de que no es otra cosa que favorecernos el no darnos lo que rendidamente le pedimos y no nos conviene.

San Pablo me enseña otro apoyo para no reiterar mi disculpa: «Cuando te calumnien (dice el Apóstol) no repitas la disculpa para justificar tu inocencia; que llevado el injusto castigo con tolerancia, es un seguro camino para el cielo.» Crea vuesa merced que el amor propio hace siempre parecer mayores las injusticias; y aun hace también que se juzgue lo que es derecho de otro, por agravio propio: de que resulta la exaltación de la ira, para frecuencia de la culpa. Yo quiero vencer á este propio amor, haciéndole creer son dichas las persecuciones, si de ellas sabe aprovecharse. Las ofensas que nos hacen y los testimonios que nos fulminan, son preciosas escalas para la gloria, si las recibe la resignación, vinculándolas en el sufrimiento. ¿Qué mayor bien, amigo mío, que hacer merecimientos de los trabajos? Y ¿qué hombre no alcanzará hacer esto, cuando de yerbas amargas saben hacer miel las abejas?

El almendro amargo se vuelve dulce agujerando el tronco, porque por él liquida aquella amarga sustancia que alimentaba: provecho me hará este castigo si lo ejercito de modo que se purgue por él la alma. Aplique la tierra que las quita, el que tuviere la mancha; que por más que intenten oscurecer con sus tupidas lobregeces al sol las nubes, al fin ha de salir lleno de luces, porque la fuerza de sus poderosos rayos desbaratan la muchedumbre de aquellas amontonadas sombras.

No puedo tolerar que vuesa merced dé nombre de enemigos míos á los que motivan mi prisión, cuando son verdaderos apasionados. Quisiera que así vuesa merced como ellos alcanzaran perfectamente á comprender lo mucho que me favorecen en lo mismo que me castigan, y lo mucho que me labran en lo propio que me afligen. Y así ellos como vuesa merced conocerían con esta prudentísima contemplación, que no merecen ni aun remotamente el nombre de enemigos míos. Para esto es necesario saber que entonces se ejercita la verdadera amistad, cuando al amigo se le aparta del mundo para arrimarlo á Dios. Esto hacen verdaderamente conmigo: luego ¿cómo los he de tener por mis contrarios? ¿Cómo podré mirarlos con horror, cuando me favorecen con tan incensantes beneficios? Ni ¿cómo han de decir son mis enemigos en sus obras, cuando los contemplo mis mejores y mayores amigos por lo que dellas me resulta? Prescindo de los medios de que

usan: si pecan con ellos, á mí no me compete el juzgarlo; juez rigidísimo tienen, que en el día más tremendo manifestará á todos su rectitud, y las maldades de los hombres. Para entonces remito la satisfacción de los que me lastiman, contentándome ahora con saber resistirlo para poder merecerlo.

Tengo por constante que, según mi paciencia y conformidad, con lo mismo que aspiran á abatirme, han llegado á ensalzarme; con lo propio que me destruyen, me afirman; y con lo mismo que me maltratan, me adornan; comprendiéndose todo esto con mirar el menosprecio como desengaño, y teniendo la calumnia como por aviso. Así se disfruta en la misma injuria la honra, y en la propia calumnia la estimación. No produce más el mundo que estas miserias. ¡Dichoso el que las tolera con atención á lo eterno! Necio es, por más sabio que sea, el que no sabe que en despreciarse á sí mismo consiste el no sentir ser despreciado; porque mal podrá causar sentimiento lo que otro me haga, si estoy yo para mi beneficio ejecutando contra mí lo propio; y es mucho más necio el que esto sabe y no lo ejecuta.

Por esta parte me parece sé lo que hago, pues hago esto mismo que es lo que sé: luego si yo mismo me desprecio, ¿cómo he de sentir me desprecien otros? ¿Cómo podré quejarme de que me agraven, cuando hacen solo lo que comprendo me sirve de mérito, si lo tolera la paciencia y lo sufre la constancia? ¿Cómo he de ir contra la expresa doctrina de nuestra vida, Cristo, que dice: «El que más te ofende te da mayor corona, si sabiendo perdonarlo, alcanzas á resistirlo?» Y ¿cómo, en fin, he de tener por mis enemigos á los que haciéndome padecer injustamente, disfrutan que mi tolerancia se vincule con el merecimiento? Y vea vuesa merced aquí cómo, cuasi sin querer, satisfago perfectamente á lo que vuesa merced me dice, sobre que en mi silencio corre peligro mi estimación; siendo constante que reflexionándose con la prudencia que corresponde, disfruto con ella tan al contrario, que no labro menos que mi mayor felicidad. Pero, no obstante la poderosa y sagrada fuerza que ostenta y descubre la divina doctrina que sigo, y queda expresada, pues se tocó el punto de la estimación ó de la honra, que es lo mismo, — he de ver si puedo convencer á vuesa merced más con el silogismo siguiente, que es tan sólido como indisputable, á no ser con temeridad.

La honra es debida solo á la virtud; la virtud no busca la honra: luego el que pretende estimación, quiere le den lo que no le toca; y no le toca, solo porque la quiere.

A las luces desta verdad puede vuesa merced ver que aprecio haré de aquello que en el que lo alcanza no pasa de una ostentación caduca, y de una cosa que más satiriza que eleva á quien lo posee; porque como fuera de su centro (como impropriamente fundado, por ilegítimamente adquirido), y en fin, como demasía de la humana ambición, y no como vínculo de la grande obra á que debemos aspirar, está violenta. Y tener por violencia la honra, es mas efecto de la maldad que de la perfección, y es más producto de la tiranía que del heroísmo. Y el tirano que se apropria lo que no le corresponde, ¿qué es más que escándalo en lo que vive, insolencia en lo que logra, infamia en lo que adopta, é irrisión incansable en la posteridad?

El buen nombre dista mucho de la honra: ocupa cada uno su extremo, que aunque parecen iguales, siempre fueron distintos. Aquel se fabrica á impulsos de la virtud; todo hombre debe ansiosamente solicitarlo, porque así será mas virtuoso. Pues cuanto más fervoroso sea el deseo del buen nombre, tanto mayor será su ejercicio en la virtud; mas á los respetables canceles de la honra no debe llegar, que esta se ha de quedar solo para Dios.

La honra que á uno hagan, ó el bien que dél digan, siempre deben mirarse como sin razon y como fuera de camino; porque aquel que procura ansiosamente apartarse del todo, y dar de mano á las transitorias honras y estimacion deste mundo, ¿hace otra cosa que llegar cuasi á unirse y enlazarse con las eternas? Esto mismo practicaron los santos, esto practican los justos. No será mucho procuremos imitarlos en esto; que con tenernos y reputarnos enteramente por dignos de todo oprobrio y menosprecio, desprendiendo de nosotros las fuertes influencias de nuestra propia ambicion, como dirigida á nuestra ruina eterna, tenemos adelantado mucho para ser santos. Más crédito sin comparacion debemos dar á los que nos desprecian, nos ultrajan y nos persiguen, que á nosotros mismos, que tanto nos estimamos y nos queremos; porque con facilidad nos podemos engañar en causa propia, donde la pasion con que nos miramos ha de hacer su oficio, y el natural amor que nos tenemos ha de producir sus efectos; y serán muy lastimosos los que resulten dellos, como hijos de nuestras pasiones.

¿Con cuánta piedad no se aplicaria el cauterio el que á sí mismo se curase? Aquella propia voluntad con que se quiere, y la misma lentitud en aplicarse un fuerte remedio para la curacion de la enfermedad, y las instancias del dolor entre los preceptos del querer, darian motivo para que ni la medicina obrase, ni el accidente se extinguiese. Por lo mismo aplica aquella otro, que aunque conoce el efecto que causará en el paciente, no experimenta el dolor, y sabe es impropia la compasion en unos actos donde tiene granjeado el crédito de perfeccion aquella que el mismo enfermo llama crueldad; pues con esta consigue la exterminacion del accidente, que duplicaria en extremo la blandura y la piedad.

Desengañémonos, amigo, que para levantar buena virtud no han de ser los cimientos fabricados de honra; que entonces será el edificio un Babel, y todo confusion, y nada perfecto; todo apariencia, y nada realidad; todo engaño, todo ilusion y todo laberinto sin salida, y nada fijo, susistente y seguro. Deben ser estos cimientos contruidos indispensablemente de humildad y de resignacion, de paciencia y de tolerancia: con los cuales, ni temerá arder tan hermoso palacio en las llamas de la impaciencia que pueden originar las ofensas que del prójimo recibimos, ni caerá precipitado con el furioso viento de la venganza, para que tomándola, experimente su ruina; ni se registrará inducido y violentado de las tiranas sugerencias de la crueldad, de la ira, de la soberbia, de la avaricia y de las demás monstruosas hidras que produce el vicio y la separacion de la virtud. Llévense las injurias que nos hacen nuestros hermanos, con paciencia, si acaso no se puede con entero gusto, que es lo más acertado. Así

nos lo manda Cristo, nuestro bien, diciendo: «Sufre lo que contra tí ejecute tu hermano; que de cuantos él te solicite trabajos, te sabré yo dar otros tantos galardones.» Y san Pablo en otra parte nos aconseja que cuanto toleremos al prójimo, será disfrutar otros tantos grados de perfeccion para la eterna felicidad.

No, amigo, no crea vuesa merced estoy tan apesadumbrado como supone en la suya. Sé que para tener paz con todos es preciso hacerse guerra á sí mismo, como nos lo dice Cristo por estas palabras: «Hazte guerra á tí propio, y tendrás paz con todos; porque en sabiendo vencer tus pasiones, todo lo demás lo tendrás vencido.» De no estar mortificado el gusto, nace únicamente el disgustarse con el prójimo, que es la pesadumbre más perversa; porque regularmente termina en el adusto rebelion, que altera la quietud y sosiego del alma. El cual, como compuesto de nuestros mortales enemigos, como son la soberbia, la ira y la venganza, inseparables compañeros ó hijos propios de nuestra humana flaqueza, confunden la razon con la fuerza del delirio, y atosigan á la prudencia con el impulso de la aversion. Si el hombre no toma la pesadumbre por su propio gusto, nadie tiene facultades para causársela. Loco es el que da lugar para que se apodere dél, sintiendo lo que no tiene remedio. Séneca, aunque gentil; lo aconseja como pudiera san Pablo: «Más es temeridad (dice) que virtud, entregarse á sentir lo que no tiene remedio; porque en semejantes casos, hacer cara á la desgracia y resistir el último golpe con valor, es acreditar de magnánimo el espíritu.» Es constante que más parece efecto de la pusilanimidad mal disimulada que del dolor bien manifestado, el entregarse un hombre á sentir una pesadumbre, por grande que sea, de tal modo que sea el mismo que la padece el cruel verdugo de su vida. Esto más parece desesperacion que sentimiento, más desconfianza de la providencia que efecto de la pesadumbre; porque en las mayores resplandece el espíritu, manifestando su recomendable resistencia á los mayores esfuerzos de la desgracia, conociendo es harto infeliz, por más dichoso que sea, aquel que en los caducos bienes desta vida, cuanto respira es felicidad, y cuanto alienta dicha; porque, como dice Séneca: «No hay otro más miserable que aquel que jamás vió el semblante á las miserias.»

Debe hacerse el corazon del hombre fuerte á los golpes grandes de las desdichas y de las infelicidades, para manifestar en ellos su magnanimidad, así como el diamante sus brillos, que no resultan de otra cosa que de mostrar sus resistencias á los impulsos formidables del martillo. Así se experimentan los grandes varones; porque rendirse tanto al sentimiento, que todo sea desmayo, no se hizo para el hombre. Y el que esto no observe, aunque lo sea, se dirá dél que la naturaleza, para manifestar sus monstruosidades, equivocó el sexo, pues se lo dió masculino á quien en sus operaciones se caracteriza de mujer.

En atencion á esta tan verdadera como importante doctrina, ¿cómo podrá vuesa merced con razon persuadirse á que me cause pesadumbre el culparme de lo que no hice, ni que por esto experimente lo que paso, si no me alteran las imposturas ni me mortifican las prisiones? El sosiego y la tranquilidad completa del ánimo

recibió á las primeras, y la paciencia y conformidad resiste á las segundas. Vive en mi pecho una resignacion tan gigante, que ni me sobresaltan las aflicciones, ni me sobrecogen las adversidades. El mismo semblante recibe á las pesadumbres que á las felicidades; porque, como ha examinado la razon y enterádose la prudencia de que no es más que ilusion, sombra y fantasía lo que esta vida produce (valle, en fin, de lágrimas), y que cuanto más se padezca en ella, se irá más purificando á la eterna, ¿quién ha de ser tan simple, tan insensato, que posponga un bien momentáneo y aparente á una felicidad eterna y constante? Vénguese el hombre del hombre; que si el lastimado sabe sacar mérito de la persecucion, no logrará menos que ser bienaventurado. Y ¿habrá quien no resista el tormento que otro puede causarle, que durará, por mucho que dure, un soplo, por disfrutar de la bienaventuranza? Yo, amigo, estoy resuelto á padecer para acertar á conseguir; estoy determinado á no quejarme para saber pulirme; y estoy, en fin, con esperanza de que no me ha de faltar paciencia para sufrir las más crueles venganzas que contra mí tome el odio, el rencor y el aborrecimiento: que cuando experimente todo esto de los que me persiguen, lograré de Dios el amor, el premio y la remuneracion.

No crea vuesa merced es máxima esta que enseña una experimentada política, reducida á no mostrar nunca flaqueza delante del enemigo, por más que sean grandes los interiores temores. No, Señor, no es máxima desta naturaleza la que acabo de decir; es, sí, un haberme congeniado en tanto extremo con los males, que no echo menos los bienes; es vivir de manera que reconozco estoy siempre muriendo, porque el vivir no es otra cosa que una preparacion para la muerte; el caminar á la poblacion, no es á otro fin que el de llegar á ella, y á este modo, el caminar por la vida no es sino para acercarse á la muerte. Es anticiparme yo mismo las penas, para que cuando lleguen no me molesten por impensadas, teniéndolas ya como recibidas. Y es, en fin, quererme purificar en el sufrimiento, así como el oro en el crisol. Tomado el cuchillo por la punta, saca sangre; y el que quiere en esta vida todas las cosas á su gusto, tendrá muchos disgustos en su vida.

¡Bueno seria que fuera yo más enemigo mio que mis propios enemigos (siguiendo este nombre como vuesa merced me los presenta), apesadumbrándome con lo que debo complacerme! Si ellos aspiran á darme que sentir, por cuyo medio puedo merecer, ¿he de ser tan ignorante, que convierta en cáustico tan precioso lenitivo? Cuando ellos intentan apretarme más la cuerda, tengo yo ya dispuesto el cuello para recibirla. Deste modo tal vez mi propia humildad los moverá á compasion, si antes no les acusa su conciencia; y lo que puede venir dirigido por odio, terminará en voluntad: porque ¿cuántas veces se fabrica de una culpa un escarmiento? ¿Cuántas veces de lo que se ordenaba para la venganza resultó la más notable amistad? Buscaba solícitamente Ariarco á Lisiente para quitarle la vida, y vengar con su muerte la que aquel dió á Periteo, su hermano; enardecido el ánimo, ciego el espíritu con el enojo, y arrebatado el juicio con la ira, lo buscaba por todo el mundo. Pasaba los montes de Grecia

á tiempo que en ellos oyó ruido de quejas tristes y lamentos compasivos. Llévóle la curiosidad adonde se percibian los ecos; y halló, no tendido sobre la tierra, sino cuasi anegado en su sangre, á Lisiente, que habiendo sido poco antes el asombro de Troya, le faltaba poco para ser pasto de fieras. Conmovióse á compasion el ánimo de Ariarco, y trocando la ira en piedad, le recogió la sangre que por dos heridas brotaba; y aplicando á estas aquellos defensivos que le dictó la clemencia y le propuso la necesidad, lo condujo en sus hombros á la primera poblacion, donde poniéndolo en cura, le dió la vida. Y se la perdonó otras tantas veces como pudo; y su venganza le influa se la quitase. Y aunque despues de estar sano determinó tomar dél satisfaccion en la campaña, le cobró tal amor, que decia que si habia un hermano perdido, habia hallado otro. Y fué así, porque dejó eterno nombre en Grecia la amistad de Ariarco y Lisiente. Destos tan contrarios efectos ha producido muchos el tiempo; puede ser llegue para mí aquel felicísimo, en que reconociendo el que me castiga mi inocencia, termine su rencor en piedad y su aborrecimiento en afecto.

Lo cierto es que las cosas desta vida no tienen nunca punto fijo, sino continuo movimiento. La voluntad no puede estar sin ejercicio: ó ha de amar, ó ha de aborrecer. Del mismo modo no puede siempre estar amando ni estar aborreciendo. Todas las cosas tienen fin. Al que hoy ama, aborrece despues; y lo que despues aborrece ama á otro dia. Este es el modo de ejercitar la voluntad sus funciones, y este puede ser el arbitrio de mi fortuna; porque si el que es hoy amado, solo puede temer ser mañana aborrecido, siendo yo desta especie hoy, debo esperar, y con razon, ser de la otra mañana.

El que subió más, está expuesto á caer más pronto: luego el que no sube es preciso que el no subir lo tenga en algun modo por bajar. Más debo alegrarme que entristecerme, porque entonces está el hombre más inmediato y dispuesto á subir, cuando no tiene más que bajar. Hasta lo último me ha arrojado esta que llaman rueda de la fortuna; con que con razon debo esperar que á pocas vueltas me toque el subir, como que con las mismas baje el que está tan encumbrado y me tiene tan oprimido.

Crea vuesa merced, amigo mio, que entre los que me aborrecen, tampoco sentiré salir con daño, como salga con provecho: son muchos y muy poderosos; el principal no diré es nuestro Conde-Duque, aunque lo digan. Por lo mismo que me llevan tanta ventaja, debo yo sufrirlos con tanta paciencia. Lidien enhorabuena mi tolerancia y su teson, que yo podré quedar sin alienatos, pero ellos quedarán vencidos; aunque se acabe mi vida, no morirá mi razon. Pero á ellos, vivan ó mueran, siempre los ha de atormentar aquello que hicieron contra el prójimo. Con su poder y con su inflajo pueden hacer permanezca mi tormento; pero ¿podrán acaso quitarme el mérito de mi inocencia, ni lo que me produzca mi constancia? ¿Podrán dejar de ejemplizarse viendo que como insensible padezco el dolor, y como mudo no pronuncio la queja? ¿No les hará fuerza, cuando no lo heróico de mi razon, lo profundo de mi tolerancia? En estas poderosas como exquisitas virtudes fundo las armas para resistirlos y las razones

para vencerlos. No con otras se vence siempre al comun enemigo, que es el mayor de todos. Bien hago en esperar con ellas la victoria de aquellos, siendo de fuerzas y de sabiduría más inferiores sin comparacion que este. Y crea vuesa merced que con ser el demonio, me sirve de mucho. Siempre que reflexiono este punto, procuro apartar dél el pensamiento con el esfuerzo posible á mi nada; pues inspirándome venganzas, iras y soberbias, y que dirija saetas de la pluma (si por las que no disparé me tratan así, ¿qué no harian si lo justificaran?), y que él me suministrará advertencias (supongo que falsas, porque el padre de la mentira ¿cómo ha de decir verdad?), abandono tan nocivas como fuertes persuasiones, detesto tan horrosas como audaces y pecaminosas inducciones; y por todo ello lo dejo corrido por no verse vencedor en esta furiosa lucha.

Y creo que esto me llega más á Dios; porque disfrutar los adustos documentos que influye el padre del engaño, despreciar los sutiles y torpísimos consejos con que su imponderable maldad procura vencernos, ¿es otra cosa que lograr la victoria de tan mortal batalla, y por lo mismo adelantar en el camino de la virtud, para con ella merecer todo el favor de Dios? ¡Gracias á su infinita misericordia, que alumbró tanto al que quita los momentáneos percederos gustos desta vida; pues al que priva dellos, no es para menos que para unirlos á sí, haciéndole feliz con el goce de los eternos de la gloria! Por esto se mostró Dios al evangelista san Juan ceñidos los pechos, pero con muchas luces en sus manos: mostrando en ello que en el mismo instante que aflige, dando lugar á la atencion ó á las persuasiones, en el mismo instante alumbró con auxilios y consuelos. Conoce nuestra miseria, y nos infunde fortaleza; porque la nave del alma, que navega fluctuando siempre en el tempestuoso mar de las inclinaciones del cuerpo (siendo este el piloto, tan imprudente que huye del norte de la razon para dar lastimosamente en el bajío de la culpa), no choque, precipitada por la inclinacion y torpemente anegada por la voluntad, en el escollo lastimoso (por cruel) del injusto consentimiento; con el que, desprendida de su alto solio la prudencia, y confundido de sus grandes discursos el entendimiento, queda árbitro para el riesgo el apetito, y pronto para el peligro el gusto. Cuyas mortales circunstancias terminan en que, siendo la condescendencia la que lleva el paso del albedrío, tropieza este en la culpa, y queda el alma sin la gracia.

Aun en este conflicto tan triste está Dios iluminando con inspiraciones, está dando nuevos alientos con aquellos divinos auxilios, que al paso que contienen, iluminan; y está, en fin, mirando por la criatura, como criador, por más que se halle ofendido el Criador de la criatura. Cuando David le llama desde la tribulacion, le oye Dios desde la tempestad; cuando está Job en una tormenta, le responde Dios desde un torbellino; que no es para sus cariños estarse solo en su gloria. Cuando mira en las aflicciones á los suyos, con ellos baja á los riesgos; ni los desampara en las cadenas ni los olvida en los trabajos.

«Vengan golpes, Señor, de mis enemigos, como vengan alumbrados de vuestra luz,» decia David. No queria los golpes solos, porque sin la luz divina, conocia era exponerse al precipicio, segun nuestra flaqueza.

Teniendo á Dios, no se temen las penas, porque Dios y trabajos es suma dicha; pero grande dicha sin Dios, es suma miseria. Y como no siempre da Dios los trabajos por castigo, sino muchas veces para prueba, cuando falta viento es indispensable remar; esto es, que cuando carezcamos de poderosos auxilios, debemos animarnos á la oposicion de los contrarios, seguros de que no faltarán aquellos cuando nuestra miseria no pueda resistir más: porque Dios da el mal conforme las fuerzas; y cuando estas faltan, permite que decline aquel.

Por mi parte sé decir á vuesa merced, y creo que con verdad, que solo temo á las culpas, no á las penas. ¡Infeliz de aquel que se desconsuela por lo que Dios gusta, y aborrece aquello que agrada á Dios! ¿Qué pueden hacer las penas, los castigos, los tormentos, adversidades y congojas desta vida, por mucho que hagan? ¿Causar la muerte del cuerpo? Pues llevado con paciencia todo este furioso cúmulo de afanes y conflictos, tiene aptitud para darnos la vida eterna. ¿Qué pueden lograr los que motivan mi prision, por más que acusen, cavilen y ponderen? ¿Que padezca siempre? Pues de ese mismo padecer puede resultar mi vivir.

En caso de que no pudiera alegrarme, me consolará la esperanza de mejor tiempo, porque despues de la tormenta sucede indispensablemente la serenidad: siempre siguió á lo adverso lo propicio, y á lo cruel lo piadoso. Ninguno destes extremos puede permanecer mucho; el buen hijo no se entristece cuando le castiga su padre, pues sabe que á otro dia, y tal vez en el mismo, le hará cariños. El que llega á perder esta esperanza, no está léjos de dar entrada á la desesperacion.

Aunque tuvo Júdas pesar de su pecado, no le remedió, porque le faltó la esperanza de ser perdonado; que á tenerla con la disposicion que debia, no le habria conducido su pecado (el más cruel, el más grande y único en su especie) al trágico lamentable suceso de muerte eterna.

Si el hombre temiese toda culpa antes de hacerla, como si no tuviese perdon, ni habria tantos en el infierno, ni se harian tantas; y por ello tal vez no estaria yo en este destino: que, aunque merezco más castigo por mis pecados, no siento aquel, sí el que cometen por aborrecerme los que inclinan ó influyen para que se me castigue.

Más que la ignorancia misma seria yo ignorante si por esto tuviera por malos á los que me persiguen, pues seria dudar (en que faltaba en superior grado á la caridad del prójimo, y al altísimo poder de la Providencia) que de una hora á otra pueden ser buenos. Cuando llegó Simon á decir de la Magdalena que era mala, ya era santa, habiendo sido poco antes lo que della juzgaba. El publicano á quien por pecador despreció el fariseo, se justificó luego. Estas prontísimas mutaciones obran los inescrutables arcanos de Dios, tan distintos de nuestra torpe limitada humana comprension, como lo es lo finito de lo infinito; por cuyo motivo no se puede decir de uno con verdad que es malo, pues cuando esto se pronuncie, ya puede ser bueno. Creo lo han sido y lo serán los bienhechores que dieron causa para que obrase contra mí el Real enojo; y por lo mismo, creo tambien habrán sentido, y sentirán aun más que yo, que hoy permanezca: porque á mí me puede

servir de mérito, si se resigna al martirio la tolerancia; y á ellos de mucho daño, pues nació mi padecer de su malicia. A mí solo me toca callar, sufrir y obedecer; pero á ellos, ó desdecirse de la calumnia, para deshacer así la Real indignacion que motivaron, ó quedar esclavos de la culpa que contra el prójimo inocente cometieron.

El príncipe libra en el informe de sus ministros el acierto de sus determinaciones; los tiene elevados y constituidos en tan distinguidos empleos, para que en cuanto sea de su inspeccion observen únicamente las inspiraciones y preceptos de la justicia y equidad. Si faltan á estas en lo que informan, el príncipe no es responsable de lo que determina, aunque no sea justo; porque cree, como debe, no obran aquellos sino con arreglo á lo que dicta la razon, para lo que únicamente los mantiene y hace de ellos aquella grande confianza que pide el cargo de un vasto gobierno.

Pero es el caso, bien que lastimoso, que conociendo algunos ministros y privados la satisfaccion con que los reales oídos atienden sus dictámenes y consejos, dan aquellos que les influye su venganza, no los que les dicta la justicia; y deste modo truecan el orden de rectitud, y se observa solo el orgullo de la desolacion. Y siendo ellos los que originan los perjuicios, es al Rey á quien atribuyen la culpa. Haya privados, haya ministros, que no puede el Monarca vivir sin ellos; pero sean buenos, para que el pueblo no juzgue al Rey malo.

Hubiera de decir mucho en este asunto, pero no puedo. Vuesa merced no dejará de comprender bastante; otros advertirian todo si leyeran este papel, porque leerian en él sus mismos corazones. Yo les viviré siempre agradecidísimo por lo que me persiguen y injurian; que así me lo manda Dios por san Pablo: «Miremos á los que nos hacen daño como á instrumentos y oficiales suyos, para que nos labren y purifiquen.»

Agradece el enfermo la destreza del cirujano que le cortó el brazo ó pierna para atajarle el cáncer, pues así logra vivir temporalmente; pues ¿por qué no habemos de estimar á los que sin tanta carnicería nos ayudan para vivir en las felicidades de la eternidad? ¿De qué serviria desear furiosas batallas (en las que, encendido el espíritu, produce en sus triunfos glorias al honor) con enemigos gigantes que no se encuentran, si al mismo tiempo nos dejamos voluntaria y indebidamente vencer de mosquitos que nos rodean? No son, amigo, otra cosa los hombres que nos persiguen; pican cruelmente donde sacan más sangre, para saciar con ella sus hidrópicos deseos de la venganza. Luego ¿qué fuerzas serán las nuestras? ¿qué resistencias dejaremos á la perpetuidad, si no podemos resistir estos nimios golpes de la aversion, ni tolerar tan ligeros efectos de la enemistad? A mí me están enseñando á caminar por tropiezos; y si aunque caiga en alguno, por lo mísero de mí ser, consigo no pararme, antes sí continuar el camino sin volver la cara al riesgo, — vea vuesa merced por qué raro modo me puedo justificar; pues entonces se levanta uno más constante cuando cayó para levantarse. Y digo bien, por más que se reponga por réplica la humana flaqueza de que estamos adornados, y reconozco, ponderando que respecto della podemos caer fácilmente, y fácilmente detenerse la inclinacion mal ordenada: porque servir á Dios

como debe ser servido, sin observarse la más mínima falta, solo se hace en el cielo; y aun en este hubo tiempo en que quiso la soberbia bruta y la ambicion monstruosa disputarle la gloria de su infinita grandeza.

Es constante que no es gran victoria resistirnos á unas pasiones, si nos rendimos con facilidad á otras; pero si queremos ser presto otros, no debemos ser siempre los mismos. Puede esto conseguirse solo con atender á que no hay cosa que más pueda confundirnos que aquello propio con que nos perdemos. Este es un punto tan perfecto, que solamente lo reflexiona en los términos que debe, aquel que está tan libre de lo malo, que no solo ama lo bueno, sino lo mejor, y por lo mismo quiera más abstenerse para no criar malos humores, que tener necesidad de limpiarse dellos. El que teme á Dios no se contenta con vivir bien, sino que quiere llegar á vivir como se vive en el cielo. Huyendo siempre de la culpa, conserva intacta la gracia, y á todas horas está dispuesto para dar su cuenta, sin temer en los tremendos números del cargo las fuertes resultas de la data.

Con la contemplacion destas hermosísimas contemplaciones ó meditaciones, espero lo que venga, sin que me altere el ánimo la contemplacion de mayores trabajos, ni me aflija para la desconsolacion la memoria de golpes más sensibles por más crueles; pues resignado á padecerlo todo por Dios, vivo siempre con la esperanza de que su divina majestad ha de iluminar á los que me persiguen, para que reconociendo su error, puedan quedar perdonados. Cuya sola representacion me causa interior alegría inmensa, pero sin pasar de los límites de la razon; que aun en esto se necesita mucho cuidado, porque así como puede el demonio aumentar la tristeza sensible de manera que pare en despecho, así tambien puede avivarse la alegría de modo que termine en hacer locuras. Documento es este de los santos, aconsejando estos que sigamos siempre en todos nuestros asuntos la mediocridad, porque esta fué siempre el camino de la virtud. Aun la penitencia, siendo tan loable, tiene su término, pudiendo ser culpa el pasar de su coto. Debe usarse en tales modos, que consuma los vicios, y no la naturaleza; porque siendo aquello siempre virtud, esto puede ser alguna vez defecto. La destemplanza en toda materia es formidable; pero obrar cualesquiera con prudencia, nunca dejó de ser plausible.

Aseguro á vuesa merced que vivo contentísimo en mis trabajos, porque creo me convienen más que las felicidades que antes gozaba. Estas, al paso que franquean gustos en la apariencia, proporcionan la espiritual ruina en la realidad; pero aquellos labran al cuerpo para que se purifique el alma. Mientras más obsequios y complacencias mundanas, más proporecion para el perpétuo llanto; pero mientras más aflicciones y trabajos, más motivo para la eterna alegría.

Los acasos encierran muchas veces misterios. Desprender al que estaba embelesado en las dichas transitorias, puede ser motivo para que mude las costumbres. Pecó Adán en el paraíso, y se salvó en el valle de lágrimas; ofendió David á Dios gravemente desde el balcon de su grandeza, viendo á Bersabé en el baño, y se purificó en la soledad y recogimiento de su espíritu. Pues, ¿qué mucho será que lo malo que hi-